

No hay buen gobernante sin formación humanista. La propuesta clásica ante el seguro fracaso del futurismo económico

RAFAEL ALVIRA DOMÍNGUEZ*

Revista Cultura Económica
Año XXXV • N°94
Diciembre 2017: 119-137

Resumen: Este trabajo se centra en demostrar la importancia de la formación humanista para el buen liderazgo. El sistema democrático capitalista moderno, asentado sobre los pilares del enriquecimiento y la técnica, ha reemplazado a la ética clásica por un conjunto de reglas impuestas al individuo desde afuera. El autor propone recuperar el estudio de las humanidades que atienden a las tres dimensiones básicas de la existencia humana –el espacio, el tiempo y la trascendencia– para restaurar la verdadera ética. Líderes formados en virtudes harán posible la creación del bien común, esencial para el crecimiento económico.

Palabras clave: ética; modernidad; humanidades; liderazgo; crecimiento económico

Abstract: *This work focuses on demonstrating the importance of humanistic education for good leadership. The modern capitalist democratic system, based on the pillars of enrichment and technique, has replaced classical ethics by a set of rules imposed on the individual from outside. The author proposes to recover the study of the humanities that attend to the three basic dimensions of human existence - space, time and transcendence - to restore true ethics. Leaders trained in virtues will make possible the creation of common good, essential to economic growth.*

Keywords: *Ethics; Modernity; Humanities; Leadership; Economic Growth*

* Universidad de Navarra – ralvira@unav.es

I. Introducción: nuestra situación democrática

La democracia moderna, tanto en su base filosófica como en su nacimiento histórico, es el trasunto político de una sociedad comercial que concibe el enriquecimiento como finalidad principal. Se puede pensar en una sociedad comercial cuyo objetivo primordial no sea ese, pero no es el caso moderno. De ahí la constante dificultad para introducir la ética clásica en ella. En realidad, tal empresa es imposible, pues esa ética es un saber centrado en el comportamiento justo y la justicia consiste en la atención a la persona en cuanto ser trascendente y social. Ahora bien, cuando el fin primario es el enriquecimiento, esa forma de justicia no se puede realizar. No se quiere decir aquí que enriquecerse sea algo malo, ilícito, sino que su conversión en fin final anula teóricamente la citada ética –no hay duda posible sobre ello– y, en consecuencia, *de facto* la deja de lado desde el primer momento, y en abundantes ocasiones.

Ese proyecto de sociedad comercial, de todos modos, hubiera sido difícilmente posible sin la aparición de una ciencia y una técnica que propiciaran una capacidad productiva y de progresivo dominio de la naturaleza sin parangón en la historia. Ambos aspectos –la finalidad de enriquecimiento y el asombro ante la razón técnica– contribuyeron a reforzar el envío de la ética clásica al cajón de los desechos. Ahora bien, como los seres humanos tenían que seguir relacionándose unos con otros, se necesitaba una cierta ética, pero ella había de consistir exclusivamente en el conjunto de reglas que facilitaran el despliegue de la riqueza. Al no poder radicarse éstas en una “interioridad” de la persona, considerada ahora como virtualmente inexistente, habían de ser leyes que pudieran ser forzadas desde el exterior; es decir, tenían que ser, como siguen siendo hoy, reglas “meramente legales” y de “policía”.

La clave ética ya no está en criterios dados –basados en un pasado natural e histórico– sino en la eficacia creativa de una libertad abierta al futuro, que justifica continuamente sus deficiencias mediante el “todavía no ha resultado, pero lo lograremos”, recurso de uso tan abundante en nuestros días.

Es justo esta desatención fundamental a la ética clásica de la persona la que generó ya tempranamente las dificultades con las que el liberalismo capitalista –la única fórmula coherente dentro de la ahora aludida filosofía política y económica democráticas– se hubo de enfrentar. En efecto, tal liberalismo pivota enteramente sobre la idea de que el enriquecimiento exponencial, aunque en un período intermedio más o menos largo pueda generar desigualdades. Al final, en la infinitud de la riqueza, las desigualdades –y, por tanto, las envidias causantes de los males sociales– acabarán desapareciendo o convirtiéndose en irrelevantes. Se habrá conseguido por tanto alcanzar el ideal: todos seremos libres e iguales y además esas riquezas –que van unidas al desarrollo de la técnica– nos permitirán lograr el afán secreto que se esconde en todo aquel que pone su fin en ellas: asegurar plenamente la propia vida y su goce.

Como es bien sabido, las dificultades surgieron desde el grupo, muy numeroso, de los que no acababan de contentarse con una desigualdad que tardaba en solucionarse, y con una prometida vida segura y placentera que también tardaba en llegar. Fueron los diversos movimientos de izquierda, socialista y anarquista y, más tarde, la aparición de unas clases medias, sin duda generadas dentro del proyecto liberal, los que comenzaron a poner trabas en el desarrollo de este proyecto. Pero, si bien a corto y mediano plazo estos movimientos tuvieron no pocas veces éxito en la obtención del poder político, su fórmula económica en último extremo no funcionó. El anarquismo, por su signo utópico; el socialismo, porque el estatismo mata la iniciativa del mercado; el centrismo moderado de las clases medias, porque no puede al final escapar a la caída hacia el liberalismo o el estatismo, como se vio en las crisis de los fascismos y hoy en la del Estado de bienestar.

Por otro lado, la amenaza a la libertad es, en su presentación socialista, demasiado real. La fórmula democrática, “libertad e igualdad”, no se puede construir desde la igualdad, como la historia ha demostrado y como cabía esperar, pues la clave fundamental del sistema democrático es, sin duda alguna, la idea de libertad irrestricta, sólo moderada por la exigencia de seguridad. Si la “pasión secreta” de

la mayoría de los ciudadanos demócratas es –como señala Tocqueville– la igualdad, ello se debe a que ésta garantiza la libertad del débil. Pero estructuralmente la democracia no se puede construir desde la igualdad.

En realidad, la sentencia sobre la democracia ya la dio con toda claridad Aristóteles hace cerca de dos mil cuatrocientos años: se trata de un sistema que sólo puede ser estable –existir en paz– sobre la base de una clase media amplia y fuerte. En efecto, cualquier interés que no sea la libertad individual, la igualdad y el enriquecimiento, no tiene fuerza para dar unidad a ese tipo de sociedad, lo que reduce, por ello, al mínimo, la relevancia de cualquier posible fuerza social identitaria. Ninguna identidad particular puede ser el cemento social en el sistema democrático, como es evidente.

Por tanto, la fórmula democrática no puede ser más que: paz garantizada por la Constitución y el orden público, y crecimiento económico. Ahora bien, el crecimiento exponencial de la riqueza en un mercado libre tiene el problema permanente de los periodos en que el “tirón” o salto de riqueza deja debilitada a la clase media. Las famosas crisis que Carlos Marx pronosticó para el capitalismo liberal se cumplen en forma de épocas de debilidad de dicha clase, que generan inmediatamente, como es lógico y vemos en nuestros días, la crisis de la democracia misma y el aumento de las dificultades y amenazas para la clase liberal-capitalista.

La reaparición actual del viejo fenómeno del populismo es un signo claro de que el agotamiento del socialismo no ha significado el fin de los problemas para el capitalismo. Más aún: si éste no se hace cargo pronto de la deficiencia de su propuesta, es muy probable que se extienda una “izquierda” mucho más dura que la propia de los siglos XIX y XX. El arma por excelencia del sistema liberal-capitalista, la promesa de que el crecimiento técnico y económico –que van unidos– resolverá todos los problemas, es un arma de doble filo: en el momento en que los beneficios del sistema no alcanzan a la mayoría, y teniendo en cuenta que el propio sistema basado en la riqueza como fin último ofrece como beneficio y perspectiva fundamental el goce de esta vida, la mayoría se revuelve cuando no la experimenta. En consecuencia,

como en este aspecto preveía con agudeza Marx, lo previsible son crisis cada vez más amplias y en sucesión cada vez más rápida.

Al respecto, la salida que tiene el liberalismo capitalista para evitar el colapso ha sido y es siempre la misma: rehacer una clase media fuerte y estable. Entre otras cosas, eso explica el triunfo de Trump en las últimas elecciones americanas. Ahora bien, en la historia esto se ha intentado principalmente de tres modos: con el “Estado de Bienestar” europeo, por un lado; o mediante los sistemas basados en la riqueza superabundante, bien al estilo liberal estadounidense o bien al socialdemócrata de los países nórdicos –en el fondo, apenas democrático por el poder estatal que llega incluso a regular la libertad de engendrar hijos. Sobre el papel, son las mejores soluciones, pero *de facto* su futuro es muy incierto, por un lado, porque tanto en el “Estado de bienestar” como en los “socialismos nórdicos” resulta casi inevitable que el Estado intervenga demasiado. Así, reaparece la primacía de la igualdad y con ello la crisis del sistema. Pero la causa principal, que afecta por igual a los tres modos señalados, está en que paradójicamente la “perfección democrática” muestra de la manera más clara la debilidad de la democracia.

En efecto, la perfección formal de ese sistema –“todos somos libres, iguales y acomodados”– actúa de “dormidera” personal y social. No hay incentivo “interior” para la exigencia del “hacerse cargo” ni de lo personal ni de lo social que, en el fondo, son lo mismo. Es que ni hace falta ni tiene sentido hacerlo. La vida fácil es –valga la redundancia– sin duda fácil, pero no empuja al sacrificio, sin el cual la vida humana carece de interés. Y la persona sólo se sacrifica –pone su vida en juego– o por necesidad o por eternidad.

El “Estado de Bienestar”, el “Socialismo Nórdico” e incluso el “Liberalismo Estadounidense” tienen un futuro difícil por la virtual imposibilidad de su sostenimiento económico en los periodos intermedios de debilidad de la clase media, pero esa no será la causa principal de su final. La causa principal será, y ya es, el aburrimiento.

La obligación primera de los que gobiernan las múltiples Organizaciones que estructuran nuestra sociedad actual es, no cabe

otra posibilidad, ejercer bien el difícil arte de gobernar, pero no podrán hacerlo si no tienen una visión clara de cuál es la presente situación –la aquí ahora descrita– y hacia donde debemos intentar dirigirla, para el bien común y general. Todo gobernante debe poseer unos conocimientos técnicos, pero antes y más a fondo, una formación humana y humanística sobre qué son el hombre y la sociedad, y además saber con claridad qué finalidades deben proponerse. De no saber esto, puede muy bien suceder que trabaje mucho para nada. Y la responsabilidad de la clase dirigente es demasiado seria como para permitirse actuar en un vacío que involucraría a toda la sociedad.

II. La formación humanista, un presupuesto esencial para el gobierno

El famoso dicho socrático “Conócete a ti mismo” expresa de manera radical la esencia y el alma de lo humano, y marca por ello el propósito y el camino de lo que entendemos por Humanidades. Si “Conócete a ti mismo” es el propósito, las Humanidades no sólo deben ser un camino –un método– para lograr el autoconocimiento, sino también un poder interior para impulsar la acción personal a través de él. Este poder interior es primero una disposición y después un hábito, o más exactamente, una articulación de varios hábitos.

Podemos entender qué son los hábitos –ciencia, sabiduría, prudencia, justicia, etc.– cuál es su esencia y la diferencia de unos con otros, porque podemos objetivarlos, y esto ocurre precisamente porque el hábito mismo es lo que nos permite comprender objetos. Pero, aunque la objetividad es el carácter propio de la ciencia, no es posible el conocimiento de la persona desde un puro método científico, pues el “sujeto humano objetivado” es antecedido siempre por el “sujeto humano objetivante”, y por la imposibilidad de objetivar plenamente a éste, pues él trasciende nuestra capacidad de nombrarlo –nadie es capaz de decir su verdadero nombre–, y actúa según sus disposiciones y hábitos propios.

La pregunta entonces es aquí cuáles son en concreto los hábitos que nos permiten adentrarnos en el conocimiento de nosotros

mismos. La respuesta es que son aquellos que nos abren la posibilidad de comprender nuestro ser y orientar nuestra vida según las tres dimensiones básicas de nuestra existencia: espacio, tiempo y trascendencia. El ser humano vive en el tiempo y en el espacio –físicos, psíquicos, etc.– y al mismo tiempo es consciente de tener una cierta trascendencia con respecto a ellos pues, de lo contrario, no podría ser capaz de objetivarlos.

En relación con el espacio, el primer hábito es el llamado “hermenéutico”: ver la parte en el todo y el todo en sus partes; después, captar –como apuntaba la Escuela de Atenas– la totalidad en una sinopsis, en una visión intelectual: no hay una actitud humanista profunda sin visión amplia y la pequeñez del espíritu, tan extendida, es su antítesis. Otro hábito relevante de esta esfera consiste en la capacidad de ver la grandeza escondida en las cosas pequeñas; como Schelling enfatizó, la ciencia ve una cosa en el mundo, mientras que el humanista ve un mundo en una cosa.

En cuanto al tiempo, existen tres hábitos fundamentales: el hábito histórico, es decir, la capacidad de comprender el significado del pasado; el hábito filosófico, la facultad de captar la verdad en presente; y el hábito lingüístico-artístico-técnico, es decir, la habilidad de organizar hacia el futuro la vida y la realidad en general de forma comprensible.

Finalmente, con respecto a la trascendencia, los hábitos son, por un lado, el de relativizar lo limitado bajo lo ilimitado, lo que puede hacerse a través del escepticismo o mediante la creencia en Dios; y, por otro, aprender a apreciar y querer a la otra persona como a uno mismo y comportarse en consecuencia.

Toda realidad, señaladamente toda realidad humana, existe según unas dimensiones básicas que suelen llamarse transcendentales. En relación con lo ahora indicado, se han de subrayar tres: al adquirir los hábitos del “espacio” descubrimos y desarrollamos principalmente el sentido de la belleza; a través de los hábitos del “tiempo” el sentido de la verdad; y a través de los hábitos de la “trascendencia”, el sentido de la bondad. La conexión entre ellos

viene dada por el desarrollo del sentido básico por excelencia: la capacidad de captar lo diverso en lo uno y lo uno en lo diverso.

Resumiendo, estos son los hábitos de una persona “humanista”, que por su amor al saber y a la realidad ha llevado a cabo la acción que tal amor genera: el cultivo. El humanista es la persona verdaderamente culta, no la que se limita a “saber ciencia” “técnica” o “muchos datos”, lo que son sólo primeros estratos del saber. La cultura está por encima de ellos, no porque sea más importante –todo lo relacionado con la persona humana es importante–, sino porque la información, la experiencia, la ciencia y la técnica son elementos al servicio último de la unidad de la persona, la cual se da, en primer término, en la cultura.

La cultura no consiste principalmente en poseer muchos conocimientos objetivos; ni siquiera conocimientos de las llamadas “ciencias humanas”. Más bien, consiste principalmente en una posesión armoniosa de los hábitos mencionados antes; pero no sólo de los hábitos, pues, aunque método y contenido se pueden distinguir, no se pueden separar, lo cual se puede aplicar de modo análogo a la relación entre hábito subjetivo y contenido objetivo. Para adquirir los hábitos, es inevitable estudiar contenidos, y los contenidos no se entienden sin los hábitos.

No se puede infravalorar la relevancia de las ciencias humanas, como la sociología, la psicología experimental, la antropología cultural, entre otras, pero hoy las Facultades y las Escuelas de Negocios que se proponen formar “líderes”, a menudo olvidan la importancia de educar a los estudiantes como personas verdaderamente “cultivadas”, y si no lo son es imposible que puedan gobernar bien. Cultura, “humanismo”, es a la vez necesariamente “societarismo”, dada la condición radicalmente social del ser humano. Por eso, con frecuencia –sobre todo en tiempos pasados– personas verdaderamente cultas, aunque tal vez con escasez de conocimientos, gobernaban si no con total perfección, sí mejor que algunos actuales “especialistas” con MBA. Eran personas con sentido común –característico de quien tiene hábitos morales desarrollados– y con experiencia de gobierno. No necesitaban considerarse “líderes”, ni

“excelentes”: eran simplemente cultos, responsables y con profundo sentido humano de servicio. Bastaría añadirles los conocimientos técnicos para hacer hoy de ellos gigantes de la dirección.

III. La dificultad de gobernar: virtud, visión universal e integridad

La vida humana consiste en el entrelazamiento de las disposiciones psicosomáticas de nuestro organismo con la cultura “respirada” en el ambiente en el que hemos vivido y los aprendizajes que llevamos a cabo. Lo que cada persona llega a ser es siempre el resultado de la síntesis entre esos elementos. Esa síntesis puede ser más o menos lograda y, a su vez, ofrecer resultados más o menos eficaces.

Una persona puede nacer con buenas disposiciones para el gobierno, pero si vive los primeros y decisivos años de su vida en un ambiente sin relación, o con mala relación con el arte del gobierno, esas disposiciones se verán afectadas. A su vez, una persona sin especiales dotes para el gobierno, pero que ha vivido en una familia y en un ambiente en el que hay buenos gobernantes, se impregna “por ósmosis” de su estilo y si además se esfuerza en el aprendizaje, puede llegar a ser un buen gobernante, aunque lo normal es que no llegue a ser tan bueno como otro que, junto a unas condiciones semejantes, tiene además buenas disposiciones.

Ahora bien, ¿qué entendemos por lo que hoy suele denominarse “líder”? Vaya por delante que las palabras adquieren una cierta legitimidad por su uso generalizado, y ese es el caso de este término. Con todo, no refleja bien lo que significaba en forma positiva la palabra gobernante –el término inglés “leader”, en alemán “Führer”, tiene connotaciones distintas–, como tampoco la palabra “gobernanza”, transliterada del inglés, refleja bien el profundo sentido del gobernar –la gobernanza es la ilusión de un gobierno sin apenas gobernante–, ni la hoy tan usada palabra “excelencia” es comparable al concepto clásico de “perfección”, menos arrogante y más adecuado.

En cualquier caso, el concepto de gobernante –o “líder”– es objeto de estudio desde la Antigüedad clásica. ¿Quién es un buen

gobernante? La respuesta inicial es simple: el que sabe actuar y actúa de hecho bien como tal y, puesto que como decía el aforismo clásico, “el obrar sigue al ser”, será buen gobernante aquel que posea los hábitos adecuados para ello. ¿Y cuáles son? Como ya ha quedado expuesto, toda acción se relaciona con los tres “momentos del tiempo”: pasado, presente y futuro. Si no se tiene un dominio sobre la situación presente, toda acción es inadecuada, pero para poder tenerlo hace falta conocer sus condicionamientos, es decir, su pasado, y, a la vez, tener un conocimiento sobre cómo manejar el futuro.

En concreto: un gobernante que no conoce la historia de la propia Organización y de las personas que la componen, se expone a todo tipo de errores. Más aún: ha de saber qué significa el pasado en cuanto pasado para la vida de las personas y las Organizaciones. Uno de los defectos más comunes del gobernante actual, es la falta de “sentido histórico”. La historia de una Organización configura además de modo decisivo lo que se puede llamar la “interioridad” de ella. Una Organización –como una persona individual– sin interioridad, carece de verdadero valor.

Con respecto al presente, es fundamental que el gobernante sea prudente –que nada tiene que ver con la timidez–, lo cual implica como base previa el que sea “realista” –que nada tiene que ver con carencia de imaginación de futuro. Ser realista es muy difícil porque implica tener visión e integridad, aspectos a los que nos referiremos luego. En relación con el futuro, es menester tener olfato, para lo cual ayuda grandemente el conocimiento de la historia, la experiencia propia y la información sobre las tendencias. Además, es fundamental tener amor verdadero –y no meramente emocional– por la propia Organización, pues sólo ello permite conocerla bien y conocer las posibilidades del entorno, para fijar proyectos sugestivos y realistas, y tener la fe y la valentía precisas para lanzarse a realizarlas.

Una vez que se tienen los hábitos relativos a pasado, presente y futuro, es de importancia decisiva el saber comunicarlos adecuadamente. El comunicar, el decir, es un radical básico de la vida humana. Buenas y valiosas personas fracasan por no saber comunicar,

por deficiencia retórica. De hecho, una de las grandes lagunas de la educación actual es la falta de enseñanza de dicha disciplina.

El comunicar no se hace sólo por medio de palabras fonéticamente expresadas, y menos aún por palabras escritas. La superproducción de papeles o de *e-mails* a través de los cuales el gobernante se comunica con sus gobernados es una señal clara de mal gobierno. Por el contrario, se comunica en primer lugar a través del modo de vida, las actitudes, las tomas de posición. Y con algo muy difícil, que es el verdadero diálogo, no la mera conversación, o la pura transmisión de informaciones y órdenes. Es bien sabido que el gobernante que “manda mucho y con frecuencia”, y ya no digamos si además chilla, es un mal gobernante. El bueno es quien consigue a través de su ejemplo, comportamiento y diálogo que los miembros de la Organización hagan suya con toda naturalidad el espíritu, la filosofía y la estructura de ella, lo que reduce en buena medida la necesidad de “actos de mando”.

Efectivamente, la profundidad del decir consiste en que implica la racionalidad de la palabra y la amistad y afecto verdadero por la persona a la que se le dice. Sólo una amistad o amor verdaderos logran que la otra persona ponga atención y escuche de verdad, para hacer suyo lo que se le dice. No hay obediencia posible sin una previa escucha con deseo de cumplir. La obediencia forzada –ante una orden ni bien entendida ni bien querida– será siempre deficiente, aunque en apariencia se cumpla lo que “manda el director”.

Gobernar bien, con perfección, implica entonces “ganarse” a todos los *stakeholders* para luchar juntos a favor de una causa común, honesta y que produzca justos beneficios para todos. Un gobernante que es capaz de lograr eso de un modo suficiente, está construyendo algo verdadero y algo económico, pues a la perfección ni le falta nada esencial ni le sobra nada inútil. Por eso la pobreza –ni la miseria ni el exceso– es la verdad de la economía. Esta no es, a diferencia de lo que se suele escribir, la ciencia del beneficio, ni de la utilización de bienes escasos, sino –como subrayaba Álvaro d’Ors– el saber de la pobreza, o sea, el saber lograr que no falte lo preciso ni sobre lo inútil. El crecimiento económico mismo sólo es verdadero si va unido al

crecimiento cultural-espiritual de la persona, pero en éste vale siempre también la “justa medida”.

Por último: ¿por qué visión e integridad son conceptos fundamentales para el gobernante? La respuesta, que inicialmente suena abstracta, es que –como ya se mencionó en el apartado anterior– toda realidad de este mundo se constituye sobre las coordenadas de espacio y tiempo. Cuanto más dominemos el espacio y el tiempo, mejor seremos capaces de orientar nuestra vida y de vivirla del mejor modo.

Ahora bien, “dominar” el espacio es lo que solemos llamar “tener visión”. Quien sólo es capaz de ver una parte, o sólo una dimensión, no puede gobernar bien, pues tomar decisiones implica saber cómo “colocar” algo en un espacio, ya sea en el espacio industrial, comercial, etc., pero para el gobernante siempre se trata además del espacio social y del personal. A su vez, para “dominar” el tiempo, hace falta tener una formación interior que nos lo haya hecho comprender teóricamente y encarnar prácticamente. La persona que tiene eso es llamada con razón “íntegra” pues lo que domina el tiempo es el hábito, la virtud.

Pero adquirir amplia visión e integridad es tarea que lleva un gran esfuerzo. Aquí las disposiciones valen menos que en otros aspectos de la vida: quien no ha sido capaz de pasar por el duro y continuo trabajo de adquirir y mejorar esos hábitos, no puede tenerlos. Por eso, el verdadero líder poco tiene que ver con esa figura atrayente capaz de emocionar y “galvanizar” a un grupo de personas para llevar a cabo un proyecto o sacar adelante una Organización. Si el líder es sólo eso, tiene los días contados como gobernante. Exactamente los días que tardan los *stakeholders* en darse cuenta de que en él hay mucha superficie y poco fondo.

El problema número uno de las Organizaciones será en los próximos años –ya lo es en parte– encontrar no sólo “superlíderes” sino, en general, directivos. Una civilización y una cultura como la nuestra, desestructurada familiarmente y con una educación que se aleja cada vez más de las verdaderas exigencias y del enfrentamiento

noble con las dificultades de la vida; una cultura en la que los jóvenes se forman ante los ingenios electrónicos, que se estropean, pero ni son agresivos ni exigentes, no puede educar futuros directivos con visión amplia, integridad de vida y fortaleza interior. Y, sobre todo, esa cultura individualista y mecanizada desconoce la clave para dar vida a cualquier forma de sociedad: cómo generar lo común. Como veremos a continuación, lo común no es lo público ni lo general, sino una realidad fundamentalmente interior y que exige grandeza para poder generarse, lo cual nos introduce de lleno en la vertiente ética.

IV. La ética en las organizaciones: sobre riqueza y pobreza en la actividad económica

En línea con lo hasta ahora apuntado, debemos descartar aquí desde el comienzo la idea genérica hoy vigente según la cual el beneficio entendido en términos monetarios es el fin principal de la actividad económica o emprendedora. De hecho, existen dos fines posibles para la actividad económica: la supervivencia y el incremento de la riqueza.

El primero no es el más común, pues el ser humano busca el crecimiento en todo, pero es la base mínima por encima de la condición de miseria. Ésta constituye humanamente un caso extremo: la miseria es vergonzosa y es un escándalo social. Santo Tomás de Aquino señala que se necesita un nivel suficiente de bienestar económico para ejercitar la virtud. Por esta razón, Millán-Puelles ha sostenido con profundo detalle, como nadie antes que él, que la búsqueda del bienestar es una obligación ética. La opción por la miseria es inmoral. Las personas que se hallan en la miseria únicamente son virtuosas cuando Dios les otorga un don especial o cuando se encuentran en una circunstancia o situación social muy particular.

Intentar, por el contrario, incrementar de forma justa el bienestar, es lo normal; otra cosa es poner las riquezas como fin último, lo cual es un objetivo equivocado porque el dinero es esencialmente un recurso y no tiene sentido convertirlo en una finalidad última. La confusión entre recurso y finalidad ha estado

presente en el origen de múltiples problemas. No es posible desarrollar unos criterios de actuación sólidos si no se tiene en la mente una finalidad determinada, razonable y honesta. El deseo de acumular riqueza es indeterminado e infinito; además, acumular infinitamente es un propósito irrealizable por definición. Esta idea explica un hecho muy conocido: aquellas personas que buscan la riqueza como fin nunca tienen bastante; se sienten insatisfechas, es decir, son en realidad pobres.

Existe algo en común entre el miserable y el rico: ambos trabajan y piensan sobre todo en sí mismos. El miserable se comporta de esta forma como consecuencia de su necesidad; el rico como consecuencia de un deseo insaciable de acumular. Es interesante observar cómo ambos poseen una ética, un comportamiento muy similar, que se basa en la ausencia de responsabilidad. No atienden al bien común, no responden a los demás. La historia nos muestra la paradoja de que personajes muy inmorales pueden encontrarse tanto entre el grupo de los más ricos como en el de los más miserables, y que unos y otros poseen, sorprendentemente, actitudes éticas semejantes.

No hay que olvidar que riqueza y pobreza son primariamente actitudes del espíritu. Tener mucho o tener poco, no se refieren estrictamente a los conceptos de riqueza y pobreza. La explicación de la cercanía entre rico y miserable es que ambos comparten un concepto erróneo de propiedad. Tener de verdad algo como propio es un arte nuclear y difícil del vivir.

Un punto básico en el que esto se hace visible es en el tema de la familia. La forma de propiedad más básica es la que tiene lugar entre las personas casadas y entre ellos y sus hijos. Es evidente que esta propiedad no es material en el sentido de tener un objeto, como si el marido, la mujer y los hijos fueran una cosa que se tiene. Sin embargo, se trata de una posesión muy fundamental, mucho más que la de objetos materiales. Además, es la base principal de toda propiedad legítima, pues sólo posee verdaderamente el que posee en forma no meramente instrumental.

Históricamente, la mayoría de los hijos que se denominaban ilegítimos nacieron en el ambiente social de los muy ricos o los muy pobres. Sus padres, o en menor frecuencia sus madres, no tenían el sentido de responsabilidad hacia ellos que sólo da el amor verdadero. Por eso la píldora anticonceptiva ha destruido la clase media, ya que ella fue siempre, por excelencia, la clase responsable con toda propiedad, especialmente con la “propiedad espiritual” de los hijos. Sólo los ricos y los miserables se desentienden de los hijos.

Lo que llamamos sociedad humana puede definirse como un sistema de diálogo y de propiedad, siempre que el diálogo no se entienda como simple conversación, ni la propiedad como algo meramente legal. La clave está en que la persona sólo se humaniza si es capaz de comunicarse en verdad y de poseer adecuadamente. Ambas cosas son difíciles. Cuanto más profundo es el uso del intelecto y de la voluntad para comunicarse y poseer, más humano se es, pero la superficialidad está muy extendida. De otro lado, existen al menos tres tipos de posesión: posesión de virtudes, posesión intelectual y posesión material.

Se puede afirmar que el comportamiento ético únicamente es posible cuando la persona tiene virtudes, es decir, cuando ha aprendido a comportarse. La ética consiste en la actuación humana correcta o perfecta, y el ser humano se define por la capacidad que tiene de enriquecerse a través de la comunicación y la posesión. La expresión máxima de la comunicación –la verdad– y la expresión máxima de la posesión –el bien– se dan en los seres espirituales –intelectuales. La paradoja de este tipo de relación es que sólo es posible comunicar verdaderamente si no se impone la propia opinión, sino que se acepta la realidad; y sólo se tiene realmente amor verdadero y amistad verdadera –la forma de posesión más profunda– cuando se renuncia a instrumentalizar a los demás para conseguir las propias metas: es decir, posesión mediante abstención.

Nacemos con la capacidad de actuar humanamente; sin embargo, los seres humanos no tenemos instintos en sentido estricto y por ello debemos aprender a ser humanos. Consecuentemente, hablando en sentido ético llamamos virtud a cada hábito que

añadimos a nuestra naturaleza; mediante la virtud nos hacemos plenamente humanos. La virtud es un hábito que transforma nuestra individualidad cerrada en universalidad, y sólo mediante la virtud somos capaces de adquirir el sentido común, sin el cual no podemos realizar el bien común.

Ahora bien, común no es lo mismo que público. Lo verdaderamente común es lo que une a las personas y, por consiguiente, no es público, porque no es disponible. No se puede romper una verdadera comunidad: es algo sagrado. La verdad, el amor y la amistad son indisponibles, son sagrados y, en consecuencia, no pueden ser públicos.

Lo que llamamos público es lo disponible. Debería respetarse, por supuesto, y si no se hace se estaría actuando de forma indirecta contra la sacralidad de lo común. Algo es público, hablando con propiedad, en referencia a su uso, y sólo en cuanto metáfora jurídica se utiliza como sinónimo de común. De hecho, el concepto de “poseer algo” forma parte tanto de una persona jurídica como de una física, pero la “persona jurídica” rara vez es pública de hecho: pertenece en cada ocasión a las diferentes personas individuales que ejercen el poder real en la organización o en la entidad. Por ejemplo, existen los denominados organismos públicos que en realidad pertenecen en cada momento a los partidos políticos en el poder, y sus servicios son a veces dudosamente públicos. Por el contrario, existen muchas organizaciones privadas que ofrecen servicios correctamente para cualquier tipo de público.

Lo importante aquí es que únicamente las personas que creen en la realidad de lo común pueden respetar seriamente aquello que es público. La “coacción interna” es lo que se llama ética y es lo único que garantiza un buen comportamiento. Las leyes y el poder político son coacciones externas; pueden obligar a respetar lo público, pero no son capaces de exigir que se respete el bien común ya que el bien común está por encima de la esfera de las leyes y de la política. Ni los abogados, ni los políticos, ni los economistas ni los empresarios pueden imponer el bien común. No obstante, todos pueden y deberían

siempre buscar maneras para facilitar que se genere, conserve y crezca dicho bien común.

Procurar generar el bien común es deber tanto de la esfera pública como de la privada. Asimismo, ambas esferas están implicadas en la oferta de bienes y servicios para uso público. Estado y Empresa son tipos diferentes de instituciones sociales, pero tener algo en común o no, poner algo a disposición o no, es una cuestión que no depende de cuál sea el tipo de institución.

La ética, como ya se ha apuntado, se hace realidad únicamente mediante la adquisición de virtudes. Ni basta la mera “buena voluntad”, ni ella puede imponerse mediante “códigos éticos”. La falta de educación en la virtud ha hecho que hoy aumente exponencialmente la corrupción. No se trata sólo de que las personas no saben comportarse de modo correcto, sino que ni siquiera se tiene conciencia del bien común, lo que genera falta de respeto por lo público.

Así como la esencia de la corrupción es utilizar lo público para beneficio privado, la esencia del escándalo es hacer público lo privado para beneficio privado. Ambos casos, hoy tan repetidos, son consecuencia de la falta del sentido del bien común, a causa de haberse perdido.

El bien común es objetivo y subjetivo al mismo tiempo. La persona que no posea la conciencia subjetiva –interior– del bien común, nunca descubrirá el bien común objetivo. Así, y como se indicaba al comienzo, es preciso cultivar esa disposición interior que permite el autoconocimiento, enriqueciéndola con los hábitos que nos permiten comprendernos y orientarnos no solo en las dimensiones espacial y temporal, sino también trascendente.

* * *

En lo esencial, esta ha sido la filosofía del Instituto “Empresa y Humanismo” de la Universidad de Navarra, que desde 1986 ha procurado unir a empresarios, profesores y al conjunto de miembros de la sociedad civil en un diálogo sobre las cuestiones más relevantes para la sociedad y su gobierno, enfocándolas siempre sobre la base de un enfoque humanista e interdisciplinar, en la búsqueda del enriquecimiento mutuo.

Intentamos también superar la brecha entre la figura del estudioso teórico sin experiencia y la persona de negocios pragmática con formación humanista insuficiente, una brecha muy común, que empobrece y crea conflicto en la sociedad. El diálogo –tanto entre diferentes especialidades, como entre teoría y práctica, y entre diferentes actores de la sociedad civil– dentro de un marco humanista e interdisciplinar ayuda a generar ideas operativas, y, más importante aún, hábitos humanísticos que fomentan el entendimiento y la amistad en la sociedad, algo tan necesario en nuestros tiempos y siempre.

Una pieza clave en el desarrollo de este proyecto fue y es el Profesor Miguel Alfonso Martínez-Echevarría. No era nada fácil, ni cuando comenzamos ni ahora, ni en España ni en otros países, encontrar un economista que no sólo comprendiera, sino que participara tan a fondo y de forma creativa en un proyecto como el ahora expuesto. Y sin un economista era muy difícil hacer creíble tal proyecto.

Por eso, pero desde luego no sólo por eso, el Instituto “Empresa y Humanismo” y la Universidad de Navarra están en deuda con él. Él ha sido además –y sigue siendo, confiamos en que por muchos años– un ejemplo para todos, por su entrega y disposición de servicio, por su seriedad en la realización de un trabajo universitario hecho con tanta inteligencia, por su integridad de vida, por su trato personal siempre atento, y por otras muchas cualidades que dibujan en conjunto esa personalidad de gran riqueza que es la suya.

Referencias bibliográficas

- Eucken, Walter (2017). *Principios de Política Económica*. Aranzadi, Pamplona.
- Millán-Puelles, Antonio (1973). *Persona humana y justicia social*. Rialp, Madrid.
- Olier, Eduardo (2017). *Los ejes del poder económico. Geopolítica del tablero mundial*. Pearson, Madrid.
- Pieper, Josef (2012). *Las virtudes fundamentales*. Rialp, Madrid.
- Rovira Reich, Ricardo (2012). *La educación política en la Antigüedad clásica*. BAC, UNED, Madrid.
- Sastre, Raquel (2012). *La dirección de las Organizaciones*. Eudeba, Buenos Aires.
- Sendagorta, Enrique (2004). *El afecto a la empresa*. Eiunsa, Madrid.
- Sison, Alejo José G. (2014). *Happiness and virtue ethics in business*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Spaemann, Robert (2003). *Límites acerca de la dimensión ética del actuar*. Eiunsa, Madrid.